

Medio	Revista Qué Pasa
Fecha	14-09-2012
Mención	La dueña de la grabadora. Columna de Andrea Vial, académica de la Escuela de Periodismo de la UAH.

MEDIOS

La dueña de la grabadora

EN EL ADIÓS DE RAQUEL CORREA, QUIEN FALLECIÓ EL LUNES PASADO, UN RECONOCIMIENTO A LAS VIRTUDES QUE LA TRANSFORMARON EN LA PERIODISTA MÁS EJEMPLAR PARA GENERACIONES DE COMUNICADORES.

[Por Andrea Vial, académica Escuela de Periodismo de la UAH]

Probablemente un comentario en Twitter, a pocas horas de su muerte, me dio el empujón para dejar de lado el pudor y escribir sobre Raquel Correa. Con exquisito mal gusto y la insolencia que fluye del teclado de un ignorante, leí con asombro: “Ya estamos endiosando a la gente, era una periodista vieja”. A ti, insolente, me gustaría explicarte por qué fue ella la más grande de todas.

En primer lugar, porque nunca olvidó que el periodismo es un servicio público y, en ese sentido, un oficio que adhiere a los ciudadanos y sospecha del poder. Suena bien y parece fácil, pero la tentación de enredarse y confundirse es potente. El peligro es no guardar la debida distancia de quienes deberían ser permanentemente vigilados, con celo y atención. Raquel

Correa supo manejar esos límites, de ahí su independencia, arrojo y credibilidad. Tampoco se equivocó cuando ejercía el rol de entrevistadora. Sabía que no era ella la protagonista. No sentía la obligación de pasar por erudita. Si se lucía con sus preguntas era porque eran las adecuadas, aquellas que buscan respuestas informativas y de paso ayudan a comprender los contextos en que transcurren los hechos. Se tomaba en serio el periodismo, de la forma en que lo hacen quienes sienten que este oficio es en parte garante de la democracia y por ello digno e importante, que se practica con humildad y grandes cuotas de pasión. Creo que jamás la escuché dictar cátedra, ni escribir con academicismos que pudieran alejarla de sus lectores.

Era simpática, muy simpática, hasta cómica. Tenía una mezcla de ironía que nunca alcanzaba la agresividad, y una sonrisa que aparecía cada vez que necesitaba relajar el ambiente para preparar el siguiente ataque. Fue maestra para escuchar a quien tenía al frente, y por eso reaccionaba tan bien con sus contrapreguntas.

No me atrevo a decir que fuimos amigas, aunque me encantaría jactarme de aquello. Sin embargo, confieso –como tantas compañeras de generación– que a los 18 años soñé con ser Raquel Correa.

Quisiera agradecerle muchas cosas, algunas como lectora de entrevistas reveladoras, otras como parte de esa audiencia atónita cuando no logró interrumpir a Ricardo Lagos cuando éste terminó apuntando con su dedo. También sus conversaciones en el patio universitario, y sus observaciones agudas cuando integró el jurado del Premio de Periodismo en la Universidad Alberto Hurtado, sus anécdotas, su voz ronca, su recato, su hondura intelectual, sus carcajadas y su tremenda humanidad. En una palabra: su libertad.

Si el periodismo tiene ADN, en Raquel Correa se alojaron todas las instrucciones genéticas de la profesión. 📌



